Diario de un Simple.

A José Alberto Zuloaga.

Entre los papeles de un joven estudiante, vecino mío, que se ahorcó en una buhardilla frontera á la que yo habito, había un sobre dirigido á mí, y en su interior, lo que copio:

Enero 6.—Cada día se robustece más y más mi convicción: soy el tipo perfecto del soñador de género werteriano, y por anacronismo en mi tiempo, romántico, furibundamente romántico, acaso el último mite de esa especie que vive en el mundillo.

Deléitome en locos entusiasmos con libros de heroínas tísicas ó enamorados decadentes, y para que nada falte á mi depravación moral, tengo la monomanía de garrapatear versos, de esos, que como dice Theophile Gautier, hacemos todos, á la edad en que se estila el juicio corto y los cabellos largos.

Frecuentemente padezco exaltaciones sensuales por mujeres muertas en la más remota anti-

güedad ó concebidas sólo en las imaginaciones de los noveleros.

En la historia de mis impresiones han escrito poemas sensacionales, la Evangelina de Longfellow, Lady Macbeth, Santa Teresa, Merella, y tantas y tantas que como aladas visiones de luz volaron deslumbrándome con sus albeantes radiaciones. Ninguna dama de las que yo puedo ser novio ó marido ó amante, ha logrado poseer el secreto de causar perturbaciones en mi organismo. He querido siempre abstractamente. A ésta, porque imaginé que sus brazos eran los perdidos de la Venus mutilada; á esa, porque las frenéticas alburas de su piel me hicieron pensar en Adriana abandonada; á la otra, porque sus bucles á la prerafaelista tenían el brillante negror de sedeña madeja fabricada por gusanos japoneses, y á las demás, por sus pupilas de Medusa ó sus rizos de oro pálido porque aureolaban el óvalo seráfico del rostro con la melena fosfórica de Espírita.

La mujer ha sido para mí la hembra, y nunca, nunca, he llegado á paladear los deleites de ese amor paradisíaco que anida en la cabaña y el alcázar.

Mis ilusiones florecen sólo en las nieves de la indiferencia, viven efímeras y enfermizas el breve tiempo que he podido creerlas imposibles, para morir después al más leve soplo del hastío.

Siempre he perseguido á la esperanza, porque es la incansable fugitiva, y con frecuencia, escribe en los corazones, páginas candentes..... que puede borrar una impresión trivial.

Amo á las rosas con pétalos de terciopelo, cuando tiemblan en sus endebles tallos espinosos; las odio en mi mano, porque hacen brotar sangre y se marchitan.

Creo que ser devoto de una bella á la distancia en que el lente analítico hace inapreciables los detalles, es sentir el amor en su más refinado exquisitismo: me horripilan los desencantos: prefiero amar á una falsa belleza, desde lejos, á saber que las gracias de su sonrisa las hizo una postiza dentadura, que el brillo de los ojos lo poetizaron unos pincelazos de carbón, y el tono sonrosado de la piel es un maceramiento de coloretes y polvos cutáneos.

Marzo 6.—Algunos días, el vacío de mi alma sin afecciones determinadas, me causa vértigos: veo el Nirwana muy cerca, en la noche caótica, donde, nauta de lo incognoscible, se aventuramás y más mi fantasía.... Siento debilidades propias de la edad senil, mis carnes al tornarse débiles y exangües adquieren una amarillez que me da apariencias de cadáver, entristece mi ju-

ventud como alondra en la época inverniza, y cuando la diátesis llega á las recrudescencias de su período álgido, caigo, inerme y prisionero, en las telarañas del fastidio....

Abril 2.—Quiero aproximarme á un fantasma indolente y luminoso que he columbrado entre las vaguedades de mis paraísos artificiales.

Es una figura inmaterial, que me ronda, sigue mis pasos, habla cosas de amor á mis oídos y hace huir á mi ángel bueno con sus gloriosas impudicias....

Abril 20.—¡Confusión demoniaca!

Creyérase que en bullente microcosmo de mi cráneo produce la sangre inflamada muchas explosiones rojas.

¡Oigo ruido de alas! Estoy seguro que mariposea y vuela en el espacio un suspiro del extramundo ó algún fluido psíquico sensible á mi neurosis.

¿Será porque leo á Hegel y á Swedenborg?

¡Tal vez.... acaso!

Mayo 3—Pacem suma tenent....!

Mayo 20.—He visto en el escaparate de no sé qué fotografía la imagen de una mujer. Debe haberse retratado á propósito de algún baile de fantasía, porque viste un caprichoso traje de campesina: faldellines albaneses enseñando el nacimiento de una pierna delgada, que, según la expresión de Dumas, promete no serlo en adelante: hay no sé qué romancesca nostalgia en sus pupilas, el talle es delicadamente fino, su seno se eleva sólo con la valentía necesaria para perfilar una curva clásica, sonríe como deben hacerlo las musas á los poetas, y en su cuello, admirablemente modelado, se enroscan varias sartas de cuentas: serán perlas....

Junio 3.—¡No hay remedio! Estoy profundamente impresionado por la joven del retrato. Cada vez que paso frente al establecimiento, deténgome ante el cristal y la observo escrupulosamente, descubriendo siempre algún encanto nuevo que contribuya á harmonizar sus perfecciones. Mi cariño está lleno de virginidades. Me he vuelto niño. Tengo rubores de colegiala á

quien sorprende la pubertad pensando en un hombre, y tiemblo cuando alguna idea pecaminosa me acomete en mis contemplaciones á su efigie. Concurro á los paseos, á los hipódromos, al teatro, y entre las bellezas, que según Alfonso Karr, mientras más desnudas mejor vestidas van, no he podido encontrar alguna que se le parezca. Lo infructuoso de mis pesquisas acrecienta peligrosamente mi neuropatía, y aunque me siento peligrosamente enfermo, aunque como Gerardo de Nerval, exclamo: ¡Ah! Creo estar enamorado. Entonces creo estar enfermo; ¿no es verdad? pero si creo estar enfermo, lo estoy. ¡A pesar de eso no me decido á obedecer el tratamiento de un físico, porque adivino que hablará de un microbio infinitamente pequeño, á quien es forzoso exterminar arrojándole una batería de píldoras y redomas de farmacia: además, mi mal no es de los que cura la medicina, nace en lo profundo, ha echado muy hondas raíces, se parece al del ahorcado de la calle de la Vieille Lanterne!

Junio 30.—¡La he visto! Es muy rubia: sus ondulantes cabellos caen en espirales doradas sobre los hombros, nimbando su faz asiria con un halo fosforescente y ambarino: es su frente de

novicia, blanca, con la palidez enferma de los lirios que se mueren sobre el mármol de los sepulcros, digna de guardar como arca santa los más hermosos pensamientos: tiene su carne suave y tierna, transparencias nivosas, es el cuerpo esbelto y frágil, las manos, pequeñitas, son nobilísimas y crueles, como las de esas reinas que firmaban con níveas plumas sentencias sanguinarias: más que mujer, se me antoja una alma, porque no hay en sus formas nada que punce ó hiera á los sentidos.... está espiritualizada!

¡Es rica! Pregónanlo á gritos, los diamantes de sus sortijas, las finísimas blondas y sedas de sus vestiduras.... el fausto regio de sus trenes!

¡Oh, sensitivo autor de los Versos Dorados, oh! pobre loco de Passy, yo siento en toda su intensidad tus amarguras!

Agosto 4.—Habéis visto á la diva en moda, hollar sonriente con sus leves pies la alfombra de flores que arrojan electrizados sus fanáticos?.... Habeísla visto en el escenario (ese altar donde oficia su coquetería) tomar el más valioso buqué y hundir la roxelana naricita en las corolas, olvidando, ingrata, el modesto ramillete que en su tímida fragrancia lleva la admiración de algún sufriente anónimo, el más desdeñado porque es

el más vehemente y sincero?..... Así mi amor es ignorado de la que derechamente lo inspiró, tiene pudibundeces de violeta, estremecimientos de sensitiva, miedo á las desfloraciones!

Quiero que pase triunfante á mi lado, sin sospechar que entre la turba que cuchichea está un corazón palpitando furiosamente por ella.

Agosto 20.—¡Quisiera saber su nombre, que una sola de las palabras amables que prodiga á los que por ella no han padecido, sea para mí solo, que me mire con sus pupilas de diamante negro!

Septiembre 8.—Ayer entré á la iglesia. No soy creyente, pero venero á los dioses. Me agradan los templos por su obscuridad contemplativa, sus santas afligidas y sus cirios crepitantes. Creo que las naves sombrosas albergan legiones de almas con tocas de monja y cruces de abadesas. Sus inscripciones latinas, son cristianas teogonías, conjuran leyendas poéticas hundidas ya en el polvo canoso de los siglos muertos; el confesonario, habla de luchas internas, y terrores, y

perdones, y conciencias purificadas por la santa bendición!

Mi amigo el capellán, que es un viejecito escuálido, de faz hierática, una especie de Voltaire con sotana de jesuita, hacía los preparativos de una boda, que por voto religioso iba á celebrarse sin boato.

Esperé la ceremonia. Amo á las novias que enclavijan las manos enguantadas, temerosas y alegres, pensando en los deleites nupciales que se acercan. Llegan los esposos. No veo el rostro de la prometida. Distingo sólo un manchón vaporoso y blanco entre el mar de cabezas negras que se agitan. Subo á un banco. La columbro ya. Está radiante de placer..... ¡Angelical criatura!.... Me ve y se burla!.... Dios mío!.... Es ella!...

¿Por qué gemirían mis nervios como las cuerdas de viejo clavicordio entre las garras de una fiera?

Con esta interrogación termina el diario.

El día veintiuno de Septiembre del mismo año ocurrió el suicidio de ese amador paradisíaco.

Su resolución mereció mi aplauso, porque yo no compadezco ni á los vivos ni á los muertos.